



Zona Zero

Tercera Época

Centro de Estudios Económicos, Políticos y de Seguridad, S.A. de C.V.

seguridadydefensa.mx

Distribución masiva a más de 150 mil personas a través de las redes sociales de Indicador Político, Centro de Estudios Económicos, Políticos y de Seguridad y Carlos Ramírez

Resumen Ejecutivo

Trump: punta del iceberg de una crisis mayor

La invasión de una turbamulta de grupos radicales de la ultraderecha estadounidense ha servido para calibrar el grado de deterioro, en modo crisis, del sistema/régimen/Estado/democracia de los EE. UU. El discurso del presidente Donald Trump azuzando a sus seguidores a interrumpir el proceso de calificación electoral para impedir la designación de Joseph Biden como presidente electo fue el detonador de una crisis mayor: la del consenso político.

El *impeachment* contra el presidente Trump tampoco es un suceso circunstancial ni se reduce a la intención de judicializar al presidente saliente para impedir que pueda ser candidato a senador en 2022 o de nueva cuenta candidato a presidente en 2024. Aún si se lograra esa meta, de todos modos Trump podría seguir siendo --si así lo quisiera-- el líder de un segmento de la sociedad que el pasado 3 de noviembre votó a su favor en las elecciones presidenciales, a pesar de los señalamientos de sus opositores.

Trump como líder político y el 47% de votos electorales populares a su favor --un punto porcentual más del obtenido en 2016-- acentúan la fractura social en los EE. UU. y el final del consenso social interno que determinaba el poder real del imperio para erigirse en el dictaminador del funcionamiento del mundo occidental. En este sentido, Trump ha

sido el catalizador de conflictos sociales, de raza, de sistema y de funcionamiento de las instituciones.

El juicio contra Trump, en consecuencia, es un juicio de los EE. UU. contra sí mismo. El orden estadounidense interno de la reunión de Bretton Woods que le dio dominio económico y financiero al dólar quedó liquidado en 1991 con el desmoronamiento de la Unión Soviética y el régimen estadounidense no supo ajustarse a las nuevas condiciones. La URSS de Gorbachov quiso transitar de régimen y perdió su razón de ser; los EE. UU. iban por ese camino. Por ello, los estrategas del poder prefirieron continuar por la ruta imperial, aunque sin entender que la sociedad estadounidense había cambiado sin la *amenaza* soviética y el terrorismo no generó nuevos consensos sociales.

La decisión de la líder demócrata legislativa Nancy Pelosi de enjuiciar a Trump para desbarrancarlo tampoco será una solución, solo pospondrá mayores fracturas internas y mostrará a un presidente Biden sin ninguna propuesta de reforma sistémica que pudiera facilitar la construcción de nuevos consensos. El *impeachment* podría ser otro detonador del régimen imperial. Y no se ve en el escenario estratégico de los EE. UU. a alguna élite que esté tratando de fijar los términos de una transición que ni siquiera se está reflexionando.

Trump y la tercera raza / pág. 2

Agendas, Alertas, Actores / pág. 4

PROTECCIÓN
EJECUTIVA



GRUPOMAYA
PROTECCIÓN PERSONAL, PRIVADA Y EMPRESARIAL

SEGURIDAD
PATRIMONIAL

Trump y la tercera raza

Cuando emergió como candidato viable a la presidencia de la nación en 2015, el empresario Donald Trump venía cargando una biografía pública marcada por irregularidades y por vicios de raza. Con esos detalles negativos a su favor, Trump construyó su candidatura con un discurso racista regresivo. Pero fue significativo que hubiera podido despuntar como candidato viable cuando terminaban los ocho años de gobierno del presidente Barack Obama, el primer afroamericano en llegar a la Casa Blanca.

El primer contrasentido debe asumirse como un punto histórico: Obama tenía la imagen afroamericana, aunque su gobierno poco o nada hizo a favor de los afroamericanos y sus derechos sociales, ni tampoco destacó por alguna política progresista de fondo. La propia figura de Trump dominó en el escenario: blanco, grande, grueso, gritón, rubio acentuado. Y su discurso racista y supremacista contra las minorías hispanas --no contra las afroamericanas-- se potenció por su énfasis hacia los migrantes hispanos que llegaban en masa y sin cumplir con los requisitos migratorios indispensables. El discurso del muro simbolizó el aislamiento medieval de una clase superior ante el acoso masivo de minorías raciales.

Pero lo que destacó por encima del perfil racial fue el dominio superior de nación. Su lema *Make America Great Again* (el imperativo Haz a América Grande Otra Vez) tocó el nervio sensible del estadounidense medio que se sentía achicado por las críticas a su propio poder. La frase de Trump podría tener algunos ecos distantes de la acuñada por el presidente Lyndon B. Johnson sobre "la gran sociedad". En ambas existió un dejo de superioridad imperial. Trump se quejó en su campaña que los EE. UU. eran minimizados en el mundo, a pesar de que el mundo existía gracias al poder estadounidense y que el pueblo estadounidense estaba en rumbo de asumir un cargo de conciencia de que su grandeza no debía existir, aunque sí su poder de vigilancia mundial. Los EE. UU. eran indispensables para el equilibrio mundial, pero los acusaban igual de ser imperiales, explotadores e invasores.

El apoyo social de Trump no estuvo en el republicano medio o alto o en el conservador histórico o en el neoconservador bushiano --de Bush Sr.-- o en el ciudadano ajeno a la política y el poder y sólo deseoso de seguir teniendo un sistema de despilfarro, drogas y bienestar a costa de la explotación. Trump añadió a esa base social al estadounidense trabajador local, de condado, resentido, enojado con el Estado depredador fiscal en grado de burocracia ajena a los problemas del productor pequeño. La fase de evasor fiscal de Trump le dio, de manera paradójica, votos de quienes deseaban imitarlo en esas acciones.

La bipolaridad demócratas-republicanos era clara en los niveles políticos y administrativos, pero no muy clara en lo social. Trump descubrió a los grupos

derechistas y ultraderechistas articulados a las doctrinas de la supremacía blanca y los potenció como base social indirecta. Fueron esos grupos fuera del Estado y muchos de ellos anti Estado los que consolidaron la base electoral de Trump. Las corrientes ultras han sido identificadas como violentas, pero se les ha escamoteado su perfil nacionalista en grado extremo y su tendencia a la autodefensa al margen del Estado y protegidos por las armas y milicias que permite la Segunda Enmienda.

En este contexto, Trump acudió a fortalecer la base social histórica, pero referida a la historia de la fundación de la nación. En los más de dos siglos de existencia, la élite gobernante ha ido construyendo alianzas y compromisos que han lavado sus doctrinas originales. En materia de migrantes hispanos, por ejemplo, Trump revivió el espíritu del oeste del siglo XIX que llevó a la casi extinción de los indios y de los mexicanos para conquistar territorio y crear una clase gobernante superior basada en la conquista.

El perfil afroamericano de Obama nunca se dio el objetivo de construir o adecuar la base social mayoritaria del país, a pesar de que Obama fue considerado como el primer presidente afroamericano de los blancos y sus dos periodos de gobierno priorizaron los intereses de las elites financieras, corporativas y militaristas. La oportunidad de gobierno a un afroamericano requería de un mejor líder que Obama, quien apenas pudo dibujarse como un burócrata mediático sin proyecto social o racial de nación. En el 2008 hubo un cruce de intereses agotados: los militaristas del viejo reaganismo, los frívolos de un Clinton de intereses de grupos militares y los de Bush Jr. marcados por un militarismo antiterrorista. Obama se confió en el mensaje implícito en el color de su piel, pero sin identidad de raza que pudiera resumirse en el concepto de *negritud*, con la mezcla de historia, raza, cultura y sobre todo una ideología de estirpe.

Trump emergió del fondo del fracaso social y de raza de Obama y dio el campanazo de alerta de la reactivación de la lucha de razas en los EE. UU. En el 2020 el Partido Demócrata hubo de usar todo su arsenal sistémico para colocar a Joseph Biden, vicepresidente en los ocho años de Obama, como el candidato opositor, con resultados que le dieron votos de victoria al demócrata pero mantuvieron la base social, electoral y de raza de Trump.

La crisis del Capitolio fue anecdótica, al margen del verdadero problema de los EE. UU.: la disputa de razas entre los supremacistas --que englobaría a todos los opositores a derechos de otras sangres-- y los institucionales que han buscado una convivencia multirracial.

Los demócratas no han entendido el problema estadounidense y creen que recuperaran el pasado dándole a Trump una muerte cívica, pero no política ni racial.

Biden, un presidente de corto plazo

El conflicto poselectoral del presidente Donald Trump ha centrado la atención en los comportamientos de la líder legislativa demócrata Nancy Pelosi, sin que se advierta alguna dirección política por parte del expresidente Barack Obama o del presidente Joseph Biden. Los efectos de los juicios contra Trump en el Capitolio estarán determinando los márgenes de acción política de los cuatro años de gobierno de Biden.

A finales de la campaña y en los primeros días posteriores a las elecciones, el presidente electo Biden se vio agobiado, sin destino político, no se sabe si por no provocar a Trump o porque en verdad carecía de propuestas alternativas de acción. El choque Trump-Nancy Pelosi rompió el poder presidencial --del que se va y del que llegaba-- y dejó en el Capitolio la responsabilidad de gestión política de una crisis progresiva.

Biden tiene en su haber una formación policia que lo había hecho en un par de ocasiones anteriores figura presidenciable; en el 2016 era el candidato natural a la presidencia por su papel como vicepresidente de los ocho años de gobierno de Obama, pero por alguna razón y compromisos secretos emergió la nominación de Hillary Clinton, esposa del presidente William Clinton, abogada, con la experiencia de poder que le dio su papel de ocho años de *first lady* con espacios de definición y operación de políticas, apenas un par de años senadora y cuatro años de polémica secretaria de Estado de la administración Obama.

A pesar de su personalidad y posicionamiento mediático, Hillary nunca pudo tener ventajas sobre Trump ni supo capitalizar sus tres posiciones de ventaja comparativa: la élite liberal demócrata de su marido Clinton, su condición de mujer y su imagen de poder. Ni Obama ni Hillary entendieron el clima antiliberal del 2016 ni calibraron bien la personalidad de Trump, a pesar de que a lo largo de la campaña cometió errores estratégicos de personalidad. Hillary y Obama se confiaron en las encuestas y no atendieron el activismo de los sectores conservadores radicales, puritanos y supremacistas. Y en el mismo sentido, ni Hillary ni Obama quisieron hacer una evaluación crítica del saldo real, en niveles social y de raza, de los ocho años de gobierno de Obama ni del desencanto de las masas.

De la larga lista de aspirantes demócratas a la candidatura, en el realismo político sólo destacaron tres: Biden, el autodenominado *socialista* Bernie Sanders y la senadora Elizabeth Warren. Kamala Harris participó en la primera fase, pero se retiró a tiempo ante los indicios de que no obtendría la nominación y luego de un acuerdo político con Biden para ser su vicepresidente. Por eliminación Biden obtuvo la candidatura presidencial en 2020 que le correspondía en 2016.

Biden careció de un proyecto real, dejó que las circunstancias y tensiones políticas lo perfilaran como el anverso de Trump. Es decir, apostó a los errores de Trump. En los hechos, Biden fue beneficiario del voto demócrata adicional al de 2016 que le dio la campaña mediática severa de los medios del establishment contra Trump. Al final, Trump aumentó sus votos de 2016, pero Biden logró más votos que Hillary; en voto popular la diferencia a favor de Biden fue de siete millones, sobre los tres millones de votos populares de Hillary sobre Trump en 2016.

La campaña presidencial de 2020 soslayó el clima racial de conflicto, dejando que se acumularan resentimientos y contradicciones. Biden se conformó con prometer un gobierno institucional, ajeno a los protagonismos destellantes tipo Trump y en función del modelo de consenso tradicional interno: apoyo a pobres, refuerzo de empresas, regreso del dominio militar en el mundo y recuperación del papel hegemónico de los EE. UU. en el planeta. Trump había replegado el poder mundial de los EE. UU. planteando que la fuerza exterior debía ser producto del refuerzo de la dominación supremacista en el interior.

El resultado electoral mostró el reacomodo social basado en el aumento de la votación demócrata. Ante las quejas de Trump y el conflicto poselectoral anunciado, Biden y los demócratas prefirieron apostar al juego institucional. Los mensajes de Trump de que no aceptaría las decisiones institucionales ni el recuento oficial y las demandas jurídicas de fraude avisaron de un Trump dispuesto a la guerra. La reunión legislativa para el recuento de votos electorales necesarios para el ungimiento oficial de Biden ignoró los llamados de Trump a la pelea. El discurso de Trump el 6 de enero azuzando a sus seguidores a tomar el Capitolio hizo estallar la crisis institucional por la invasión momentánea y sin visos de golpe de Estado de hordas enojadas contra las instituciones.

El gobierno de Biden enfrentará cuando menos tres restricciones: la crisis política heredada por los comportamientos irritables de Nancy Pelosi, la falta de un proyecto real de gobierno de Biden y las expectativas de que la edad le permitirán sólo estar cuatro años en la Casa Blanca (asumirá la presidencia con 79 años y enfrentaría la posibilidad de la reelección con 83 años, y una salud que le impide movilidad, fuerza y atención). La vicepresidenta Kamala Harris aparece como la candidata natural, pero no se descartan otras figuras para el 2024.

El enfoque de nueva unidad nacional que se le ha pedido a Biden no aparece en sus discursos ni en su gabinete de burócratas medios de los tiempos de la presidencia de Obama. Aunque al cambia el gobierno no se tienen indicios de los planes de Trump, de todos modos la herencia trumpiana ha sido la de un país fracturado en lo social y polarizado en lo político.

I ■ Agendas, Alertas, Actores

• La acumulación de problemas domésticos le impedirá a Biden tener posicionamientos hacia el exterior. Al nuevo presidente no le preocupan las rencillas pasadas heredadas de Trump. Su tarea será la de ir sacando los problemas exteriores del espacio encapsulado en la personalidad de Trump. Ahí entra México, cuyo presidente apoyó a Trump, pero no atacó a Biden. Por eso se prevén actitudes tolerantes de Biden con México.

• El primer punto de la agenda de México con el gobierno de Biden estará en la aceptación o rechazo de la nominación de Esteban Moctezuma Barragán como embajador mexicano. La salida de la embajadora Martha Bárcena fue decidida por ella como un acto silencioso y anticlimático de protesta por la decisión del presidente mexicano de negarse a buscar un acercamiento con Biden. En la realidad, la embajadora no entendió los resortes de comportamiento político del presidente López Obrador en materia diplomática.

• La segunda decisión en la agenda bilateral México-EE-UU. estará en la política migratoria. Trump cerró su frontera sur ante los acosos de caravanas de migrantes centroamericanos y obligó a México a poner muros de guardias nacionales para desalentar cruces. Biden ha dicho que volverá a la política de migración abierta, pero algunos consejeros le han dicho que no será posible hasta que el COVID-19 no esté vencido de manera total y ello no ocurrirá en cuando menos cuatro años. De ahí que se prevé puertas migratorias cerradas y sólo se aflojarán los candados de legalización de migrantes que ya están dentro de territorio estadounidense a la espera de su legalización, además de bajar las deportaciones.

• El dato más importante del gabinete del presidente Biden se localizó en la designación del

general recién retirado Lloyd Austin como secretario de Defensa, cuando una de las claves del poder estadounidense radicaba en los enfoques civil y militar equilibrados en un secretario civil. Austin viene de actividad importante en las plazas de Afganistán e Irak y por tanto su enfoque carece de matiz político. Su primera declaración sobresaliente fue señalar que a los EE. UU. le interesaría que México se sumara a la OTAN no fue una buena carta de presentación en México, porque el ejército mexicano es muy reacio a bloques militares que tienen enfoques ideológicos y la OTAN es uno de ellos.

• El gran tema que queda del conflicto poselectoral estadounidense es la revisión de la conformación del bloque derecha-ultraderecha y sus comportamientos públicos. Nuevos grupos nacieron al activismo con Trump, junto con los viejos conservadores casi en extinción y los neoconservadores muy vinculados al acuerdo exterior demócratas-republicanos. Los más activos y visibles son los supremacistas blancos que están en confrontación violenta.

• Y el otro tema que regresó a la mesa de debates es el de la Segunda Enmienda que permite la compra libre de armas. A ello se agregará uno de los temas que México ha sido insistente en potenciar: la venta legal e ilegal de armas al exterior, sobre todo porque en México es fuente de fuerza de los grupos delictivos en crecimiento. Pero existen las evidencias de que el contrabando de armas es una labor no sólo tolerada por el gobierno de los EE. UU. sino hasta alentada por el hecho de que le permite armar a grupos políticos conservadores en países con luchas ideológicas internas. Hay la percepción de que contrabandista de armas número 1 de los EE. UU. es el gobierno de los EE. UU.

Directorio

Mtro. Carlos Ramírez
Presidente y Director General
carlosramirez@hotmail.com

Lic. Armando Reyes Viguera
Director editorial
armando.reyesviguera@gmail.com

Dr. Rafael Abascal y Macías
Coordinador de Análisis Político

Armando López
Redacción

Ana Karina Sánchez López
Coordinadora de la Presidencia
anakarinas108@gmail.com

Mtro. Juan Carlos Ramírez Gómez
Coordinador del Consejo Editorial
jcramirez@mayaseguridad.mx

Lic. José Luis Rojas
Coordinador General Editorial
joselrojas@hotmail.com

Mtro. Carlos Loeza Manzanero
Coordinador de Análisis Económico

Raúl Urbina
Documentación, archivo
raulzpres82@gmail.com

LDG. Alejandra Pineda
Diseño Editorial

Zona Zero, publicación quincenal del Centro de Estudios Económicos, Políticos y de Seguridad.
Es una publicación de Seguridad y Defensa.

Editor responsable: Carlos Javier Ramírez Hernández. Todos los artículos son de responsabilidad de sus autores. Oficinas: Durango 223, piso 3, interior 1, Col. Roma, Alcaldía de Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México, República Mexicana.
seguridadydefensa.mx

Índice

- I** Resumen Ejecutivo
Trump: punta del iceberg de una crisis mayor
- II** Análisis Estratégico
Trump y la tercera raza
- III** Análisis Estratégico
Biden, un presidente de corto plazo
- IV** Agendas, Alertas, Actores

PROTECCIÓN
EJECUTIVA



GRUPOMAYA
PROTECCIÓN PERSONAL, PRIVADA Y EMPRESARIAL

SEGURIDAD
PATRIMONIAL